

## GRANADA

## CIENCIA ABIERTA



DEPARTAMENTO DE  
Didáctica de las  
Ciencias  
Experimentales

● ¿Y si en el año 2150 gobernaran los miembros del Partido por la Perfección Humana?

Susana Rams (UGR) · Enrique Ayuso (Universidad de Murcia)

Mi abuelo era un hombre al que le encantaba contarnos historias de otros tiempos. Y a nosotros, escucharle, aunque a veces sus relatos llegaran a rozar lo inverosímil. Recuerdo las noches de verano de mi infancia, a mediados del siglo XXII, como un rosario de cenas especiales en familia, lejos de la ciudad. Allí, en su remota casa de campo, un fondo fragante a flores de dama de noche impregnaba la espera de la llamada que mi madre, mi abuela o alguna de mis tías, pronunciaba de forma cantarina: “¡A la mesaaa!”.

Como niños, a mis primos y a mí, esa llamada nos resultaba tremendamente divertida, pues en aquellas ocasiones no nos alimen-

En las noches de verano con mis abuelos era divertido comer por la boca, y no por parches

tábamos como solíamos hacerlo a diario, de forma individual, a través de los parches autoabsorbibles en nuestras cabinas de ‘Nutrición Genómica Perfecta’ o NUTRI-box. Respetábamos la antigua tradición, que defendía y practicaba con frecuencia el abuelo, todavía en 2150, de producir los alimentos propios y después tratarlos con calor o conservarlos metidos en ácidos, en sal o ahumados. Se completaba la vieja costumbre al ingerirlos por la boca, masticándolos, moviendo rítmicamente las mandíbulas, lo que nos daba un aspecto muy cómico. Algo energética y ecológicamente ineficiente, pensaba yo, pero que despertaba primitivas sensaciones, extrañamente agradables, en mi lengua y mi paladar. Por desgracia, aquellas deliciosas prácticas se prohibieron definitivamente en el año 2190, hace ya casi treinta.

## Sed de perfección

En aquellas reuniones, el abuelo nos contaba con especial nostalgia, cómo era la vida antes de que el Partido por la Perfección Humana (PPH) llegara al poder en la Europa Unificada. Si no recuerdo mal los datos que estudié en la ‘Escuela de la Verdad’, eso debió ser tras la Guerra de los Transgénicos, que duró tres años, entre 2097 y 2100. Entonces, nos decía con los ojos algo húmedos, cada persona tenía derecho a cultivar la tierra y a criar animales libremente. Podías intercambiar, comprar o vender con tus vecinos o en el mercado cualquier forma de reproducción de todas las especies de plantas que quisieras: semillas, esquejes, bulbos, rizomas, estolones, esporas... Pero con el gobierno del PPH, poco a poco, las compañías productoras de nutrientes para las NUTRI-box se fueron adueñando legalmente de casi todos los terrenos explotables, y añadía, “¡para mancillarlos con la ‘Semilla Perfecta’ y trabajarlos vía satélites exosféricos!”

En aquel momento no entendía el visceral rechazo del abuelo hacia los avances tecnológicos y la modernidad. Su forma de vida contra corriente era una rareza entre la población que, de forma mayoritaria vivíamos en las ciudades, cómodamente sometidos a un control genético que nos garantizaba unos niveles de salud adecuados para nosotros mismos y para el conjunto de la sociedad. La semana anterior habíamos celebrado en la escuela el 30 aniversario de la extinción en el genoma de la Europa Unificada de los genes que causaban la Fibrosis Quística, la Distrofia Muscular y la Corea de Huntington. ¿Y cómo no iba yo a celebrar que esas enfermedades, que tanto daño habían producido, fueran erradicadas? Tardé mucho tiempo en averiguar qué era exactamente eso a lo que él llamaba “la gran mentira”. Y más tiempo toda-



Observábamos el mismo mundo, pero nuestras miradas eran muy diferentes.

vía me llevó comprender sus auténticas consecuencias.

Fue poco después, en el año 2165, cuando mis abuelos decidieron poner en marcha un tardío activismo en contra de las supuestas verdades que el PPH había impuesto. Aprovecharon su prestigio académico como profesores eméritos para dar conferencias, si bien en contextos algo clandestinos, en las que reivindicaban la importancia de preservar la poca biodiversidad que iba quedando, dadas a las prácticas científicas impuestas en el último siglo: las intensas campañas de selección de embriones, de cuestionables mejoras genéticas y de eliminación de las especies animales y vegetales, que a juicio de la política científica oficial había que realizar, estaban provocando la desaparición de numerosas especies por el hecho de ser consideradas “no aptas”. Para mis abuelos, acabar con esa biodiversidad natural no sólo era terminar bruscamente con formas de vi-

da producto de una evolución de millones de años en el planeta, sino también una forma poco inteligente de eliminar potenciales recursos, es decir, variedades que en un futuro pudieran demostrar su mejor adaptación a cambios en el medio ambiente y, por lo tanto, constituir una cierta garantía de supervivencia para el hombre.

Sin embargo, los jueces adscritos al régimen del PPH fueron implacables. Decretaron la expulsión de mis abuelos de su universidad y, para evitar que siguieran propagando su discurso, firmaron además su encarcelación. Les condenaron bajo los terribles cargos de “poner en riesgo la perfección de la humanidad”, “ser promotores de una naturaleza imperfecta” y “demostrar un comportamiento temerario y homicida, al querer dejar a la población sin protección frente a las enfermedades”. Sus libros, y los de otros que pensaban como ellos, fueron quemados. Por ley, ya sólo nos está permitida la lectura

de aquellos que explican lo que se llama ‘La Verdadera Historia’.

Fui un privilegiado al tener la oportunidad de visitarles, alguna de las raras ocasiones en que se concedían permisos para ello. Pude, así, confrontar la ideología científica dominante con sus ideas, consideradas no sólo extravagantes, sino ilegales. Junto a la producción de alimentos genéticamente perfectos para las NUTRI-box se acompañaba la eliminación salvaje de todas las especies que fueran sospechosas, siquiera levemente, de ocasionar algún daño a las personas. Eran varias las ideas que ahora mi abuelo, conservando lucidez e inteligencia, solo se atrevía a susurrar: la necesidad de dejar que la vida se abra paso sin controles, de preservar la variedad en las especies (también en la nuestra) como un don de la natu-

¿Por qué eliminamos las formas humanas que no concuerdan con los criterios dominantes?

raleza y, sobre todo, de dejar que el azar y los cambios en el medio ambiente guíen la evolución de las especies. “No juguemos a ser dioses”, me repetía.

¡Qué pena ver cómo se iban consumiendo! Primero falleció mi abuela, debido a un simple cáncer de mama. A pesar de que existe el tratamiento que todos conocemos, el CERCANplus, ese simple inhalador por aerosol que la medicina genómica consiguió hace casi un siglo, allá por el 2120, el gobierno no le permitió su uso. En las prisiones se aplican las normas eugenéticas más estrictas: la medicación de origen genómico solo se administra a aquellos que tengan comportamientos socialmente intachables. Por lo que, por definición, se prohíbe en las cárceles. A los pocos meses, supongo que de tristeza, impotencia y desesperación, murió también mi abuelo.

Hace unos días supe que la dama de noche se ha extinguido. Y con ella, el aroma de sus flores. Hoy, a mis todavía escasos 80 años, los susurros de mi abuelo preso me retumban en los oídos... Las dudas me asaltan: ¿por qué eliminamos aquellas formas humanas que no concuerdan con los criterios dominantes?, ¿por qué permitimos a los gobiernos escudarse en los científicos para construir una sociedad injusta?, ¿no estamos perdiendo nuestro patrimonio molecular?, ¿qué ocurrirá, ante la homogeneidad de nuestro material genético, si alguna enfermedad nueva se propagara entre nosotros? Y la que más me inquieta: ¿qué ‘ser perfecto’ sobrevivirá?

Clausula Suelo: NULIDAD  
PAGA MENOS en tu hipoteca!  
RECUPERA EL DINERO que has pagado de más!

**ROMPE EL SUELO DE TU  
HIPOTECA SIN ADELANTAR  
UN SOLO EURO!**

Abogada  
Pilar Durán **665 585 681**

Visita gratuita y sin compromiso



pilardch@yahoo.es